

“Cuadernos de coca”: los trabajadores del narcotráfico en *Mariposa blanca* (1990) de Tito Gutiérrez

“Coca Notebooks”: Working for the Drug Business in Tito Gutierrez’s Novel *Mariposa blanca* (1990)



ALBERTO FONSECA

North Central College | Estados Unidos
afonseca@noctrl.edu

Resumen

Las narconarrativas latinoamericanas han logrado representar el complejo mundo del narcotráfico desde diferentes modalidades y técnicas literarias. *Mariposa blanca* de Tito Gutiérrez utiliza una mezcla entre novela de aprendizaje y comentario social, para aproximarnos a la realidad cambiante del tráfico de drogas en Bolivia. Con la historia de Lázaro, un estudiante de la ciudad de Cochabamba que viaja a la capital de las drogas en el Chapare boliviano, Gutiérrez trabaja con las ansiedades de una sociedad que ve trastocados sus valores culturales y su trabajo. El texto de Gutiérrez ilustra magistralmente la tensión que existe entre el uso tradicional de la coca frente a la producción de cocaína, y la crisis cultural y económica que trae el tráfico de drogas a la región andina.

Palabras clave: Tito Gutiérrez, narconarrativas contemporáneas, literatura boliviana, tráfico de drogas y literatura, narconarrativas

Abstract

Latin American narco-narratives have represented the complex world of drug trafficking through different narrative strategies and literary techniques. Gutierrez’s text *Mariposa blanca* uses a hybrid form, an in-between of bildungsroman and testimonial narrative, to get us closer to the changing realities of drug trafficking in Bolivia. With the moral crisis of a medical student who arrives to *El Chapare* to work in the drug industry, Gutierrez’s text illustrates the tension between a traditional crop la coca and the illegal market of cocaine in the Andean region perfectly.

Keywords: Tito Gutierrez, contemporary narco-narratives, bolivian literature, drug trafficking and literature, narco-narratives

Introducción

En *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano señala que la riqueza de Bolivia y de sus minas en el siglo XVI dejó como legado algunas iglesias y palacios, además de sus más de ocho millones de indígenas muertos. Bolivia, decía el crítico uruguayo en 1971, uno de los países más pobres del globo podía jactarse de haber nutrido así la riqueza de los países más ricos. Recientemente, son varias las imágenes de trabajadores del país andino respondiendo a las presiones de empresas transnacionales por el control de sus recursos naturales, incluida la lucha en Cochabamba por la recolección de aguas lluvia en 2000. La llegada al poder de un indígena aymara, Evo Morales, puso en el centro del debate político la guerra contra las drogas y el derecho de conservar las tradiciones ancestrales indígenas con el lema: “Sí a la coca, no a la cocaína”.

En *Capital Fictions* (2013), Ericka Beckham estudia las diferentes relaciones que establece la economía con los estudios literarios y las consecuencias culturales e ideológicas de la transformación de Latinoamérica en el proveedor de materias primas para el mercado global. Durante los siglos XIX y XX, productos como el café, el caucho, el guano y las bananas se convirtieron en símbolos del progreso de varios países latinoamericanos y en los impulsores de una nueva burguesía que controló el intercambio de materias primas por bienes de lujo. La literatura latinoamericana no podía dejar de lado esta relación, y existen en este período un conjunto de textos que trabajan con las tensiones surgidas por la explotación de los recursos naturales y la realidad material de sus trabajadores. Un ejemplo es *La vorágine* (1924) del colombiano José Eustasio Rivera y la representación que logra del abismo existente entre las ganancias del producto y el progreso económico de los caucheros. El sueño de riqueza mediante la exportación de recursos naturales es denominado por Beckham como *export reverie* y continúa definiendo las relaciones entre los recursos naturales y la economía en varios países de Latinoamérica.

A finales de la década de los 70, la empresa transnacional del mercado de las drogas también ha generado un comercio en el que sobresalen las imágenes de sus gerentes y ganancias, dejando de lado el trabajo y las condiciones de producción de las drogas. Las representaciones sobre el narcotráfico se han centrado en las ganancias del negocio, con imágenes de montañas de dinero e historias de sus más famosos trabajadores —los sicarios—, pero pocas veces se enfocan en el capital humano y el trabajo que genera en zonas rurales habitadas en su mayoría por campesinos o indígenas. El narcotráfico en la producción cultural latinoamericana ha presentado

el producto (la cocaína) y su transformación (el dinero) de forma *fantasmagórica*, es decir, sin analizar las condiciones de producción que sostiene una organización criminal de alcance global. Son numerosos los ejemplos de narconarrativas, especialmente mexicanas y colombianas, enfocadas en los efectos y los signos de la narcocultura, pero muy pocas veces en el origen del negocio y menos aún que tengan como espacios narrativos las zonas de producción de la coca.

Este artículo se enfoca en “el lado B” del comercio de drogas y se pregunta desde los estudios materialistas la reacción que genera el mercado global de la “la cocaína” en un país con raíces ecoculturales como Bolivia. Al evaluar el efecto de las drogas en una sociedad tradicional surgen preguntas como: ¿Cuáles son los espacios sociales que domina el tráfico de drogas? ¿Cómo altera la sensibilidad y la manera de vivir de sus habitantes? ¿Cómo modifica conceptos como el trabajo y el capital? y principalmente ¿Qué nuevos valores impulsa en los individuos que se sujetan a las leyes del mercado de las drogas? La novela *Mariposa blanca* (1990) de Tito Gutiérrez Vargas responde a estas preguntas al establecer una relación entre el mercado de las drogas y su impacto en una sociedad en la que la planta de coca tiene raíces culturales. En resumen, la novela explora la manera como la guerra contra las drogas impulsada desde Washington ha logrado reproducir dinámicas de poder y control en el Chapare boliviano. Además, la novela cuestiona la búsqueda de progreso, entendido como acumulación capitalista, y privilegia en cambio un desarrollo alternativo enfocado en la comunidad. El personaje principal reflexiona sobre su *rol* en el negocio y la culpa que aqueja a una sociedad que cambió la práctica ritual de la hoja de coca por la producción de cocaína.

Siguiendo la idea de *Capital Fictions* podríamos ubicar a la cocaína como el último producto en la línea de mercancías de exportación que ha creado los mayores niveles de riqueza y violencia desde finales del siglo XX hasta hoy en Latinoamérica. La guerra por el control de las drogas ha modificado los discursos de identidad e impulsado un modo de resistencia en distintos grupos sociales. La literatura ha representado este cambio desde los años 90 con el boom de las llamadas narconarrativas o ficciones del narco. Varios países de la región han visto la emergencia de escritores que han dotado a esta modalidad narrativa de un capital cultural y simbólico indiscutible en el canon nacional. Textos de Colombia, México o Argentina, entre otros, impulsan un nuevo entendimiento del narcopoder con autores tan destacados como Fernando Vallejo (Medellín, 1942), Elmer Mendoza (Culiacán, 1949) y Cristián Alarcón (La Unión, 1970). Un vistazo al campo cultural latinoamericano señala que la mayoría de las narconarrativas son de Colombia y México por ser los países que tienen las estructuras criminales del narco más sofisticadas.

La narconarrativa

Al mirar algunos textos encontramos características que muestran la singularidad de *Mariposa blanca* y su importancia en el canon de la narconarrativa latinoamericana.¹ Por una parte, la narconarrativa mexicana ha utilizado recursos de la cultura popular como el corrido y códigos narrativos de la oralidad para representar la influencia del narcotráfico en el norte de México. Textos como *Juan Justino Judicial* (1996) de Gerardo Cornejo y “La parte de Chuy Salcido” (1991) de Élmer Mendoza representan la nueva escala de valores del narcotráfico en el país y establecen la tensión entre la oralidad y la escritura como propietarias de “la verdad” discursiva sobre el fenómeno.

En el siglo XXI la narconarrativa mexicana utiliza diversos discursos para subrayar los cambios que el narcotráfico ha traído a la sociedad. Por ejemplo, en *2666* (2004), Roberto Bolaño utiliza un estilo periodístico para narrar los crímenes de mujeres en Ciudad Juárez entre 1993 y 1997. Para Bolaño, el norte de México se convierte en el lugar donde se conjugan los efectos económicos del mercado transnacional de drogas y sus nuevas prácticas culturales. En *El testigo* (2004) Juan Villoro muestra la ambivalente posición de la ciudad letrada mexicana frente al narcotráfico. Después de su regreso a México, el personaje principal, Julio Valdivieso, reflexiona sobre las relaciones que este fenómeno establece con la política, la iglesia y la industria del entretenimiento. Finalmente, Yuri Herrera logra en *Trabajos del reino* (2004) representar la historia de un corridista que difunde las aventuras de los mafiosos y la forma en que sus vidas permanecerán grabadas en la memoria colectiva de los habitantes de su región. Herrera se interesa principalmente en la relación de poder y en el control de la voz y la significación en los famosos narcocorridos.

Los efectos de las políticas gubernamentales que el presidente Felipe Calderón (2006–2012) dirigió contra el poder de los mafiosos han sido evaluadas por una serie de producciones culturales en las que sobresalen las series de televisión, las biografías y autobiografías de personajes que demuestran la nueva configuración del narco en esta última década. En resumen, la narconarrativa mexicana está estrechamente ligada con fenómenos como el contrabando, los feminicidios, la inmigración y el tráfico de personas. Es por esto que nuevos autores mexicanos como Emiliano Monge, Antonio Ortuño, Martín Solares y Juan Pablo Villalobos no pueden dejar de lado las

¹ Para un estudio comparativo de la narconarrativa colombiana y mexicana, véase Fonseca (2017).

consecuencias de un fenómeno que ha permeado la sociedad mexicana en su totalidad, a pesar de que su literatura hoy en día no lleve la marca narconarrativa.

Por otra parte, la producción cultural del narcotráfico en Colombia ha utilizado la versatilidad de la novela para reconstruir el escenario social frente al poder de los cárteles y el dinero fácil del tráfico. Novelas representativas como *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo y *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo abordan la relación entre el discurso letrado y las nuevas dinámicas de una sociedad vendida al narcotráfico. Fernando, en *La virgen*, y Luis, en *Cartas cruzadas*, son letrados que ven contaminado su rol a medida que entran en el mundo de la exportación de cocaína.

El éxito comercial de *La virgen de los sicarios* ha convertido el tema narco en un producto del mercado global. En “Se vende Colombia, un país de delirio: el mercado literario global y la literatura colombiana reciente” (2007), Alejandro Herrero-Olaizola señala la comercialización de la marginalidad como una de las características principales del mercado de producciones culturales en Colombia en el siglo XXI. El éxito de libros y series como *Sin tetas no hay paraíso* (2005) de Gustavo Bolívar y las distintas versiones de la vida de Pablo Escobar para la televisión y el cine son prueba del alcance de estos productos hechos para el consumo masivo y global. Un autor colombiano que merece atención por su trayectoria en la narconarrativa es Jorge Franco. En *Rosario Tijeras* (2000), se aleja de las convenciones de la “sicaresca” tradicional con un personaje femenino que con su violencia describe muy bien las contradicciones de la sociedad de Medellín en los años 80. En su última novela, *El cielo a tiros* (2018), Franco explora las historias de los hijos de los antiguos mafiosos y la búsqueda de una memoria que permita negociar con el pasado y mirar hacia el futuro. Este texto permite reflexionar sobre los efectos del narcotráfico en una sociedad que busca una catarsis a través de la revelación de uno de los capítulos más oscuros de su historia.

Juan Gabriel Vásquez con *El ruido de las cosas al caer* (2011) explora las heridas de la sociedad colombiana post Pablo Escobar con la visita de uno de sus personajes a las ruinas del poder del mafioso: la hacienda Nápoles. En este texto Vásquez supera el recurso fácil de describir las excentricidades del capo y se enfoca en las subjetividades de las víctimas del narcotráfico. En las miradas particulares de tres personajes (Antonio, Maya y Ricardo) se reconstruyen las vidas afectadas por este fenómeno. Las narconarrativas tanto mexicanas como colombianas viajan entre los distintos circuitos de recepción hasta consumidores deseosos de escuchar las historias de narcotraficantes y sus víctimas. Además, desde los años 90 son cada vez más los estudios interdisciplinarios que indagan en la violencia y la narcocultura de distintos países

latinoamericanos. Las nuevas series de televisión y el interés por conocer la vida íntima de los capos de la droga ha logrado la fetichización de una serie de producciones destinadas al consumo global en las que el dinero y la droga siguen siendo los símbolos más llamativos del narcomundo.

La narconarrativa se convierte así en una modalidad que explora muy bien los cambios en la base económica y su influencia en la superestructura de la sociedad. Bolivia también tiene ejemplos de textos que trabajan con la representación cultural del narcotráfico. Sobresale *Jonás y la ballena rosada* (1987) de José Wolfango Montés que cambia la figura del letrado como constructor de la nación en el siglo XIX por un abogado que sucumbe al poder de los cárteles en la ciudad de Santa Cruz a finales del siglo XX. Más adelante, *Mariposa blanca* de Tito Gutiérrez señala rotundamente el fracaso de las promesas de progreso social de fin de siglo y la influencia que logra el comercio de cocaína en una sociedad tradicional y con raíces ecoculturales. El texto de Gutiérrez es importante en la historia de la narconarrativa porque explora la base de la estructura del narco, los efectos que el mercado global de las drogas causa en la identidad individual y en los conceptos de trabajo, familia y futuro en una región alejada del centro del poder político y cultural. La tensión en el negocio de las drogas con tradiciones milenarias del uso de la coca hace de Bolivia y su narconarrativa un ejemplo especial en el contexto latinoamericano. Además, el movimiento cocalero y su interés en desligar la hoja de coca (como elemento de su identidad) con la cocaína (como mercancía del mercado global) ofrece una fascinante aproximación a las relaciones que establece la economía neoliberal de las drogas con la cultura tradicional y colectiva del interior boliviano.

En *Narco Epics: A Global Aesthetics of Sobriety* (2013), Herman Herlinghaus analiza *Mariposa blanca* como ejemplo de la influencia del consumo de mercancías de lujo en comunidades tradicionales. Para el crítico, la novela muestra que los delincuentes del tráfico de drogas no son los “demonios” señalados por el *mass media* oficial, sino que la mayoría quiere hacer dinero para regresar a sus ciudades y encontrar trabajo como maestros de escuela, estudiantes y enfermeros. El dilema de la coca que se transforma en cocaína —o de la cultura milenaria que se ve presionada por el mercado transnacional— y la imposibilidad de ejercer juicios maniqueos frente al fenómeno del narcotráfico son los polos de los que se desprenden las historias de los distintos trabajadores en el texto de Gutiérrez. Junto con *El demonio y las flores* (1998), y *Magdalena en el paraíso* (2001), *Mariposa blanca* (1990) forma la trilogía de un autor interesado en el cambiante mundo de la transformación de la coca en cocaína. En sus textos, Tito Gutiérrez representa el mundo ecológico del Chapare boliviano y el fra-

caso de un proyecto político nacional enmarcado temporalmente entre las promesas fallidas del *desarrollismo* latinoamericano y la nueva promesa de movilidad social que ofrece el narcotráfico.

La acción narrativa de *Mariposa blanca* nos lleva a la región del Chapare donde la planta de la coca ha existido por más de 3000 años y donde surgió en los años 80 el movimiento cocalero con su ideología ecocultural. Específicamente, el narrador se enfoca en Chinahuata, un paraíso tropical en el que las personas y sus tradiciones son desplazadas a medida que el mercado transnacional de las drogas penetra en la organización social. El texto provee más que una serie de imágenes que definen el costo humano y ecológico en el proceso de extracción de la hoja de coca. Por una parte, señala el efecto que el comercio de las drogas causa en una sociedad históricamente alejada de los ideales de consumo capitalista. Por otra parte, explora las maneras en que los individuos se inscriben en las dinámicas del narcotráfico y los efectos que esto causa en su psique y organización social. Como últimos engranajes en la máquina de la repetición histórica, las drogas se han convertido en la más reciente articulación de la exportación de materias primas que ha caracterizado este país latinoamericano.

Los trabajadores del narcotráfico

El texto de Gutiérrez explora los cambios en la idea del trabajo, la vida, y la ética de individuos que participan en una nueva actividad económica. Lázaro es un estudiante pobre de medicina, quien impulsado por su novia decide trabajar en la región del Chapare como un *pataverde* o machacador de la hoja de coca. Su plan original era trabajar en la estructura del narcotráfico por un tiempo, ahorrar las ganancias del dinero fácil, y regresar a terminar su carrera a Cochabamba. En la primera parte, comienza a trabajar con un narco generoso, el profe, quien le enseña las distintas facetas del negocio. Gradualmente, Lázaro adapta su escala de valores, y vive el dilema ético que le presenta trabajar para una organización criminal. Al final, su novia se escapa con un cocalero y Lázaro huye con el dinero de su jefe. En la última escena, decide utilizar las ganancias del negocio para terminar su carrera y ayudar a la región con la rehabilitación de los adictos.

Mediante el viaje de un estudiante empobrecido de la ciudad al campo, *Mariposa blanca* explora la fantasía del comercio de productos naturales al llevarnos de la mano y mostrarnos el cambio de la ciudad a la “barbarie” del mercado global de las drogas. El texto rechaza las descripciones fáciles del dinero y el lujo de los grandes capos y

se enfoca acertadamente en las divisiones del trabajo y la producción de las drogas. En el pueblo de Chinahuata toda actividad se beneficia del tráfico, y a pesar de que en sus habitantes existan distintos grados de inscripción al negocio, el narcotráfico es el gran productor y organizador de trabajo. Muy pronto, el narrador descubre el papel de las drogas como organizador social: “Porque en esta tierra de locas esperanzas y malas ambiciones, todos tienen su momento y su quehacer, en el funcionamiento de la gran industria. El que vende pan como el que hace café, el matón como el transportista; todos coadyuvan en el proceso, por más que su actividad específica no esté reñida con las leyes ni la moral” (Gutiérrez, 1990: 8).

La gran industria del narco se erige como la única industria productora de empleo en la región. La mayoría de sus habitantes comparte actividades económicas que alimentan el negocio de las drogas aunque su participación no esté directamente ligada al tráfico de cocaína. La economía del pueblo se nutre de la producción de cocaína y está determinada por el precio del producto en el mercado global. Chinahuata se convierte así en una nueva articulación del llamado *export reverie* y es en este espacio donde se confrontan las dinámicas culturales de la comunidad con un sistema económico depredador. A diferencia de otras narraciones sobre materias primas (caucho, café, petróleo), la cocaína es un producto ilegal que convierte a Chinahuata en un centro de exportación de la mercancía de la droga debido a las prácticas ilegales de soborno y corrupción de las autoridades locales.

En este pueblo-capital de la droga, la coca es machacada, procesada y entregada a los cárteles de los centros urbanos por las comunidades locales a través de un contrato tácito entre la oferta y la demanda. Su producción está sustentada en el desplazamiento de muchos trabajadores de la ciudad al campo quienes rescataron la idea decimonónica de ver en la naturaleza y sus recursos nuevas promesas de desarrollo. Lázaro encuentra en el Chapare un lugar geográfico en el que el producto de la droga es el único método posible para ahorrar dinero y alimentar el desarrollo de ciudades como La Paz y Cochabamba. De la misma forma, el Chapare se convierte en un espacio de tránsito para los hombres de la ciudad, ya que su plan original es ahorrar y volver a los centros urbanos. Es decir, el Chapare es visto por estos trabajadores de la ciudad como una despensa que hay que explotar hasta satisfacer las necesidades económicas personales.

El texto logra mediante el comentario social ilustrar la división del trabajo de la droga, las luchas entre pequeños y grandes coccaleros, los celos entre los distintos trabajadores y los nuevos espacios en el que muchos trabajadores gastan el producto de su trabajo. El Chapare se convierte en una región presionada por los vaivenes del

mercado de las drogas y como ejemplo de la participación de familias indígenas y trabajadores de la ciudad en el transporte y el procesamiento de la droga. A medida que la crisis económica afecta la clase media de las ciudades, muchos trabajadores ven en los lugares del procesamiento de la droga, una posibilidad de empezar de nuevo. Lázaro comprende rápidamente que el costo de esta decisión incluye penetrar las redes de un negocio ilegal que muestra cada vez más un rostro sangriento. De esta manera, presenta un complejo análisis del papel de los individuos en la producción global del narcotráfico y enfatiza la moralidad o amoralidad de participar en el comercio de las drogas.

En aquel tiempo se escuchaban maravillas del Chapare. En todo el país la crisis económica era desesperante... mientras esto sucedía en todo el país, del Chapare se hablaba como del Paraíso Terrenal. Al fin y al cabo, para el hambriento el paraíso es allí donde hay comida en abundancia. Aun la moral es un lujo de los hartados, y conforme aumentan las necesidades no satisfechas, disminuyen los escrúpulos morales. El dinero que salía de Chinahuata tenía mancha delictiva; pero, ¿a quién le importaba eso? (Gutiérrez, 1990: 19)

Lo que podría parecer en otros contextos políticos como la decisión personal y la agencia de individuos que deciden buscar mejores condiciones económicas, es entendido en la novela de Gutiérrez como causa del capitalismo salvaje, del consumismo y del fracaso de las políticas de desarrollo en los países andinos. Lázaro escapa de la pobreza de la ciudad y piensa equivocadamente que puede trabajar en el negocio de la droga de manera tangencial. El texto describe las distintas maneras en que el personaje muta, dando paso a una serie de decisiones afectivas y morales para evitar convertirse en un apéndice más del negocio. Lázaro aprende las distintas partes de la estructura criminal, y es testigo del efecto de las drogas en la ecología y en la identidad de los cocaleros. A medida que viaja por el infierno de la producción de drogas, se enfrenta a la violencia, la territorialidad de los diferentes grupos y los efectos que causa la adicción y el derroche en una serie de habitantes que de repente vieron transformadas su región y modo de vida. Principalmente, para Lázaro, los indígenas y campesinos experimentan la forma de vida predatoria que impulsa el capitalismo de las drogas.

El texto se ubica claramente en la transformación que vive una sociedad productora de coca y agrícola, con el nuevo impulso económico que trae la producción de cocaína. Por ejemplo, con el auge del mercado de las drogas, las mercancías de lujo lle-

gan a la capital de la droga, pero a un mayor costo. Los elementos de primera necesidad también se encuentran encarecidos por el flujo del dinero del mercado de la droga. Es decir, para Lázaro, el dinero de la droga no alcanza y cada vez necesita infringir más la ley y participar en otras actividades ilícitas para sostener su familia en Chinahuata. La nueva dinámica económica en el pueblo da paso a una transformación cultural: debido al auge del mercado de las drogas, los rituales de la recolección de coca se hacen ahora a escondidas y los campesinos que tenían en sus chacras el cultivo ritual de la hoja se ven desplazados a medida que nuevos grupos controlan el mercado y el poder.

Esta transformación de los coccaleros en vendedores de la base de la droga se produce rápidamente y en su mayoría son extranjeros quienes dirigen y controlan el negocio. Como cualquier empresa transnacional, las ganancias del tráfico de las drogas van a parar a otro lado y las grandes decisiones en la división y la organización de los trabajadores se hace desde los centros urbanos del poder. El tan esperado desarrollo económico y personal producto de las drogas no existe, y en vez de trabajadores y cultivadores disfrutando de los beneficios de un negocio próspero, tenemos una serie de cambios (el trabajo nocturno para trasladar la droga, el miedo a los otros dueños de mercancía y el constante temor al robo por parte de otras bandas) que producen estrés y violencia entre los trabajadores.

Lázaro ve en estos cambios los signos de una transformación que involucra los habitantes de una región que tenía una coexistencia pacífica entre el capital humano y la naturaleza. Para los años 90, estos mismos campesinos pasan a formar parte de las leyes económicas de un producto prohibido en el mercado global. Es decir, podríamos decir que de una visión biocéntrica anclada en la antropología, pasaron a la ideología del neoliberalismo y las leyes del mercado. Al principio, estos cambios fueron bien recibidos y el narrador comenta los beneficios de la nueva economía de consumo del mercado de las drogas.

Comenzó el despegue. Sorprendido por la buena fortuna, después de tantos años de vida miserable, y todavía dentro de una existencia honesta, los coccaleros ya se daban gustos. Tras vender sus cosechas entraban en los bares; pedían platos caros para toda la familia, cerveza para los mayores, refrescos embotellados para los hijos. Mientras comían lo pedido, echaban el dinero sobre la mesa y se ponían a contar. (Gutiérrez, 1990: 31-32)

El disfrute de las bondades del alza del mercado de las drogas es momentáneo y esos mismos coccaleros que antes usufructuaban del comercio de la coca necesitan inscri-

birse como trabajadores del narco en la producción de la cocaína. Como cualquier mercado económico los campesinos no sabían que la bonanza de su producto venía unida a una serie de efectos secundarios en los que la violencia y la adicción eran la otra cara de la moneda del beneficio económico.

Eso fue cierto a un principio; pero, posteriormente, el productor de coca se dio cuenta de que el precio de su hoja, y por tanto su bienestar, dependían de la fabricación de la cocaína, entonces Chapare se constituyó en el lugar más seguro del mundo para la actividad del narcotráfico. (Gutiérrez, 1990: 32)

El éxito económico estaba unido a la producción de la cocaína, alejando al cultivador y al campesino de la producción natural de la hoja de coca y convirtiéndolo en trabajador de la mafia de las drogas. La bonanza del Chapare comienza a modificarse y se basa ahora en la participación de la comunidad en el mercado global de la cocaína. Este mercado necesita de trabajadores, que son reclutados entre los campesinos locales que trabajan ahora para los mafiosos y los nuevos trabajadores de la ciudad atraídos por el dinero fácil de las drogas.

Gracias a las reflexiones de su personaje principal, *Mariposa blanca* se aproxima directamente a la cuestión de la responsabilidad de trabajar para la estructura del narcotráfico. El texto es ambivalente sobre la función de los campesinos locales como actores racionales ya que no se consideran infractores de la ley. Al trabajar a la sombra de las historias de violencia y guerras entre cárteles, estos trabajadores participan de una parte muy pequeña de las transacciones económicas que rigen el tráfico de drogas. Sin embargo, Lázaro, en cada nueva actividad que ejerce, enfatiza temas de culpa y responsabilidad en un contexto socioeconómico que exige el abandono de toda cuestión moral.

Los matones rumiaban su coca. Semejaban vacas pensativas en el oficio de moler la mielga. De rato en rato metían la lengua en sus envoltorios de papel que contenían bico. Quizá imperceptiblemente temerosos; pero aparentaban tranquilidad. Quien los viera pensaría que no son sino aquellos obreros del campo, que a la vera de sus chacras, cumplen con el centenario ritual del piccho, antes de emprender la fatigosa jornada de trabajo. ¡No, no parecían peones que estaban aguardando el momento de iniciar una acción delictiva! (Gutiérrez, 1990: 61-62)

Los *pataverdes* han cambiado las tradiciones en el consumo de la coca y su unidad ecológica por el machacado de la hoja con productos químicos para producir la base de coca. Esta superposición entre una actividad ritual por el mayor beneficio económico de la cocaína logra que los campesinos tradicionales del Chapare sucumban al poder del dinero de las drogas. La mayoría de los trabajadores no tienen conciencia de su papel en la estructura criminal y su participación se limita a la recolección y procesamiento de la base de coca. Sin embargo, *Mariposa blanca* señala otro tipo de trabajadores que quieren escalar en la estructura del narcotráfico y quienes empiezan a rebelarse dentro de esa misma organización jerárquica. Estos trabajadores reclutados desde las áreas marginales de la ciudad ganan un salario, y a medida que demuestran lealtad o valor avanzan en la estructura económica. Este avance se sustenta en una etapa de entrenamiento, de reconocimiento de las distintas facetas del negocio, que trae también consecuencias de estrés, ansiedad y de paranoia entre los trabajadores.

El texto ofrece ante todo una imagen del negocio de las drogas alejada de la difundida por los medios de comunicación. Los trabajadores del narcotráfico están lejos de ser los “monstruos” que la “sociedad de bien” ha buscado culpabilizar de todos los males que aquejan a Bolivia a finales del siglo XX. A nivel textual, los trabajadores son las víctimas de un nuevo sistema económico que empezó como un sueño de cambio social y terminó convertido en la pesadilla de la violencia de las drogas. Los trabajadores del narcotráfico son convertidos en delincuentes por un sistema que ocupa un espacio legal que no permite la posibilidad de discursos alternativos. Lázaro reconoce que el aparato de producción de las drogas está conformado por trabajadores del común, y que cualquiera puede participar del ciclo de producción, transporte y consumo que rige el mundo de las drogas.

Allá la gente debe pensar que nosotros los delincuentes del narcotráfico, somos terroríficos demonios ojos sanguinolentos, cuernos de chivo, fauces babosas, incapaces del menor sentimiento humano, pero no es así. Aquí todos sienten que son iguales que a cualquier otro cristiano, ni mejores ni peores que los demás. Que un día volverán a la rutina antigua, esa que supone una misa en domingo; y en sus vidas no ha pasado nada que pueda enojar a Dios. (Gutiérrez, 1990: 140)

La visión técnica del narcotráfico convierte a sus trabajadores en demonios que es necesario destruir. Sin embargo, esta definición tiene su contracara en los numero-

sos individuos que son abocados al narcotráfico por una cuestión de trabajo y pobreza. En el texto, estos trabajadores quieren trabajar temporalmente y desinfectan su propia participación en la producción de drogas. Para ellos, el narcotráfico es una articulación no tan diferente a la venta de su fuerza de trabajo a mercados agrícolas dominados por multinacionales.

Lázaro experimenta el costo físico y emocional de su trabajo a medida que penetra en las diferentes etapas del tráfico. La primera realidad es que el dinero del narcotráfico es un dinero “maldito” que escapa de su manejo y control. El viaje a las bases del mercado de las drogas lo alejan de la fascinación por las mercancías de lujo impulsadas por el mismo deseo de consumo capitalista. En ningún momento Lázaro disfruta de las ganancias del narcotráfico y comienza a tomar conciencia que el costo humano de las drogas supera los beneficios económicos del consumo de mercancías y bienes de lujo. El dinero de la droga se esfuma sin poder ahorrarlo, ya que el mismo sistema que le permite ganar más que un empleado del común, le obliga también a dejarlo de nuevo en un lugar que ha perdido, en palabras del narrador, sus anclajes morales. Es “el Profe”, un narcotraficante experimentado quien le cuenta la realidad del negocio:

Mira a esos campesinos, cargados de cuántas ilusiones han venido. Han dejado sus hogares. ¿Tú crees que se van con dinero?; es muy raro el que lo hace. En general, éstos, como todos los demás, van a trabajar unos días, después se irán al pueblo, y una de esas noches se echarán tal borrachera, que al otro día no sólo estarán sin un centavo, sino que, con mucha frecuencia, amanecerán molidos del cuerpo entero. (Gutiérrez, 1990: 71)

El mercado de las drogas no trae los beneficios económicos esperados por sus trabajadores. La falta de cohesión social unida a la oportunidad del consumo de drogas, hace que el trabajo del narcotráfico no beneficie al individuo sino sólo al sistema que lo explota. La división social del trabajo en las drogas lo asemeja más bien a un sistema que provee lo necesario para que el trabajador siga vendiendo su capital, su trabajo, sin poder escapar del ciclo de explotación que genera. Los trabajadores gastan todo su dinero en una serie de espacios (la taberna o el prostíbulo) que son espacios también de intoxicación personal. Cada uno de estos lugares funciona en el texto como una droga que inscribe a los trabajadores en aspectos cada vez más violentos (su promoción en sicarios) o adictivos (su transformación en toxicómanos) cuando trabajan para los mafiosos locales.

El personaje principal ve en estos espacios el detritus social, las consecuencias del narcotráfico y una prueba de que las ganancias del negocio se encuentran siempre en otra parte: en los grandes ejecutivos y políticos que se lucran con la prohibición de las drogas. De vez en cuando, un trabajador recibe la oportunidad de escalar en el negocio, pero pierde su fortuna si es atrapado por un “pez más gordo”. Las grandes ganancias las reciben quienes no se “han untado las manos” en el negocio.

O como aquel muchacho, de quien todos dicen que fue uno de los primeros balanceros aquí, al que llaman Catalán. No hace mucho tiempo atrás tenía dinero, casas y coches; ahora ya no sabe en qué palo rascarse. ¿A cuyas manos pasaron esos bienes? ¿Y esos que ahora los tienen en propiedad, serán los que se benefician finalmente?... Hasta ahora los únicos que gozan realmente de las fortunas que genera el narcotráfico son las autoridades; un delincuente es perseguido y algún día caerá perdiendo libertad y fortuna, pasa aun en los grandes; pero si un juez, por ejemplo, recibe un fajo de verdes por alguna distorsión en la aplicación de la ley, nadie le quita ese dinero. (Gutiérrez, 1990: 226)

Al final, Lázaro es un trabajador reclutado desde la ciudad que sufre la ansiedad de trabajar para el narcotráfico. Con extraordinario detalle asistimos como lectores a la caída moral del personaje y a los distintos signos del poder del narcotráfico. Para Lázaro ninguno de los trabajadores termina viviendo de las ganancias del negocio. Son los policías corruptos, los jueces, los vendedores de insumos quienes disfrutan sin temor del dinero de la droga.

Las familias del narcotráfico

Los trabajadores del narcotráfico no pueden diferenciar su vida afectiva de su trabajo. Como sujeto narrativo, Lázaro ve también el efecto que la economía del narcotráfico genera en su núcleo familiar. Para Lázaro, la transformación de la hoja de coca en cocaína se presenta como una seducción (el dinero, el prestigio, el consumo) y al mismo tiempo como la pérdida de los valores tradicionales del personaje. Estas características de seducción, adicción y pérdida de su voluntad están unidas en el texto a la mujer que acompaña al personaje principal en su viaje a la capital de la droga. Al nivel narrativo, existe una clara relación entre la caída del personaje y la falta de valores de su compañera sentimental. La mujer seduce a Lázaro a formar parte de un nego-

cio que lo lleva a perder su identidad. Con claras referencias moralistas, el narrador examina la seducción que le ofrece la mujer, informando a sus lectores la sucesiva caída moral de una sociedad frente al espejismo del dinero. En una discusión sobre aceptar o no el trabajo en el narcotráfico, su mujer le explica la necesidad de olvidar sus principios morales si quiere progresar en Chinahuata.

¿Escrúpulos?... ¿Qué diferencia hay entre pisar coca y vender pan? Todos aquí reciben el mismo dinero, manchado, si tú lo quieres. Aun Dios o su iglesia usufructúan de esos dineros de la delincuencia: los traficantes, para aliviar en algo sus conciencias, dejan dinero en las cajas de las limosnas, o dan misas a santos y hacen fiestas, con eso creen comprar el perdón para sus culpas, al hacerle partícipe en el reparto de las utilidades [...] Así que no me vengas con cosquillas, cuando gente más importante obvia la moralidad. (Gutiérrez, 1990: 42)

La mujer acompaña a Lázaro en su viaje por los lugares del narcotráfico. En este mundo, la mujer y su cuerpo se convierten gradualmente en representaciones de un sistema económico depredador. Imágenes de promiscuidad y prostitución abundan en la novela como metáforas del sistema económico en el que están inscritos los personajes y del intercambio acelerado de drogas, dinero y mercancías. En *Mariposa blanca*, la economía del sistema de la droga penetra la economía de la casa, en una clara alusión de su raíz griega *oikos* que significa tanto hogar como economía. Los cambios en la economía de la droga generan cambios en la división familiar como producto de las ansiedades y movimientos del mercado de las drogas. Al principio, la mujer es seducida por las mercancías del consumo y decide abandonar a Lázaro aceptando el trabajo que le ofrece un narcotraficante como mujer-trofeo. Una posición ambivalente ya que reconoce que el dinero del narco sufre las fluctuaciones de un mercado dominado por las diferentes venganzas y envidias entre los cocaleros. En vez de vivir rodeada de los lujos del narco, esta mujer trabaja como esclava sexual de un capo agresivo y alcohólico.

Había soñado vivir en una hermosa casa, fino mobiliario, sirvienta, ama de llaves, chófer uniformado; iría a las academias de modelaje orgánico, en las que según decían, hacían maravillas aumentando y disminuyendo según las necesidades: algo menos en la cintura, un poco más en las nalgas. Salones de belleza. Un grupo para las veladas de rummy... Para todo eso daba las ganancias de la coca y la pilcha. Pero ya habían transcurrido más de cinco meses y

ella permanecía en el chaco, cocinando arroz con yuca y un poco de charque olor a gusanos, para la mit'anis y para ella misma. (Gutiérrez, 1990: 267)

Las mercancías del deseo consumista se estrellan contra la realidad de su posición como empleada de un narco pequeño. El soñado progreso social vinculado a esta actividad ilegal siempre se encuentra en otra parte: en otros coccaleros que venden su producto a mejor precio o en el comerciante que logra “coronar” más rápido un negocio. El éxito del narcotráfico no incluye a todos, y en el Chapare boliviano cada vez hay más familias afectadas por el negocio de las drogas. Lázaro es testigo de la profunda reestructuración de los roles familiares, de los nuevos cuerpos y las formas sociales que caracterizan ahora la familia de las drogas. El negocio opera como una fuerza cultural que modela las relaciones entre padres e hijos, o entre hijos y abuelos. Por ejemplo, los hijos aprenden de los padres las nuevas transacciones del narcotráfico y desde pequeños colaboran en la nueva economía casera.

Nadie prohíbe a su hijo acercarse a la fábrica. Que no debe ver esas cosas, que no puede aprender, que los hijos nunca deben hacer las malas cosas que hacen los padres. ¡No! Al contrario; los pequeños productores casi siempre trabajan en familia: el jefe de hogar, la esposa, los hijos y algunos matones, según las necesidades; de modo que los hijos participan y aprenden. (Gutiérrez, 1990: 84)

El examen que la novela realiza de la pérdida de valores sociales es doble: por una parte, narra el fracaso de su personaje principal y por otra parte señala la influencia devastadora que el narcotráfico tiene en las familias del Chapare. Lázaro no sabía que, al entrar al mundo del narcotráfico, estaba participando de la transformación de la sociedad boliviana y de su núcleo central: la familia. El texto muestra cómo varios miembros terminan por seguir la economía de las drogas. Padres, hijos y hermanos de Chinahuata comparten la felicidad momentánea que ofrece convertirse repentinamente en familias con dinero. De esta manera, el texto examina las contradicciones de una sociedad que vio en el narcotráfico y su poder adquisitivo la solución a sus problemas sociales.

A pesar de la oportunidad de trabajar en el tráfico de drogas, el dinero del narco parece esfumarse. La década de los 90 ve la caída de los grandes capos de la droga y principalmente del espejismo de la promesa de cambio social que traía el narcotráfico. Trabajadores de la sierra mexicana, de las comunas de Medellín y del Chapare

boliviano experimentan la crisis del mercado internacional de las drogas. Al revisar los títulos del narco sobre esta época, tenemos sicarios desocupados, capos prófugos y trabajadores desempleados en medio de haciendas abandonadas y proyectos de construcción a medio terminar. Además, en textos de varios países como *La virgen de los sicarios* (Colombia), *Cartas cruzadas* (Colombia) o *Juan Justino Judicial* (México) subyacen aspectos sobre la reflexión moral y la culpabilidad o no de muchos personajes que trabajan para el negocio de las drogas. Después de experimentar “en carne propia” el costo de la revolución social traída por el narcotráfico, los personajes de las narconarrativas en su mayoría reflexionan sobre su propia posición y culpabilidad. En el lamento final de Lázaro por haber creído en las promesas del narcotráfico hay también una reflexión sobre la totalidad de una sociedad que hizo un guiño cómplice a un flagelo que cambió las dinámicas culturales y económicas de Latinoamérica.

Los nuevos territorios del narcotráfico

Desde el punto de vista formal la historia de un joven que busca salir de la pobreza compite con el tono confesional de una novela de aprendizaje. Al final, el personaje reflexiona sobre los errores del pasado y reconoce los distintos cambios axiológicos que impulsó el narcotráfico. De esta manera, *Mariposa blanca* ofrece mediante las distintas voces que la habitan la necesidad de identificar las causas de la pérdida de lazos solidarios en una comunidad tradicional. Una de estas voces reflexiona sobre el discurso contra las drogas y la necesidad imperativa de encontrar nuevos mecanismos, además de la represión legal, para parar el fenómeno del narcotráfico. En la acción narrativa, esta solución va más allá que la simple persecución de los narcotraficantes.

No, que yo me vaya no solucionará nada. Ni siquiera si todas las fábricas de esta zona se cierran, o toda la coca se quema, el problema habrá terminado: no faltarán lugares en el mundo en los que seguirán produciéndose las drogas. La solución debe venir del otro lado, de parte de los consumidores, de sus familiares, de las instituciones que tienen como misión el proteger a la niñez y la juventud, educándolos en base a nuevos valores y presentándoles nuevas opciones como contenidos de una vida sana. (Gutiérrez, 1990: 188)

En este texto boliviano, el trabajo de la conversión de la coca en pasta de cocaína estructura la forma de vida de individuos afectados por las dinámicas del tráfico de drogas y por la nueva sociedad que genera. Esta combinación entre una mercancía y

su influencia en la vida de varios individuos evoca una lectura entre líneas de la toma de conciencia de trabajadores que ven en el producto del narcotráfico un sistema económico corrupto y depredador. Al final, los trabajadores del narco se rebelan contra la estructura matándose unos a otros en una nueva articulación de un capitalismo salvaje en la que los empleados matan a sus propios jefes. Lázaro escapa con el dinero de un narcotraficante ajusticiado por una banda rival y ve en el proceso de rehabilitación de los adictos la única opción posible para resolver el problema de las drogas.

—¿Qué harás ahora, mi buen Lázaro?

—Llevo en este maletín cien mil dólares, que es un producto de la delincuencia y la muerte, creo que pueden servir para la redención y la vida. Estoy en la carrera de medicina y con este dinero podré ayudar a ciertos perros que aúllan angustiados, agobiando las noches serenas de nuestro pueblo. (Gutiérrez, 1990: 280)

Con esta resolución el texto intenta restaurar la creencia en un orden posible y la necesidad de ayudar a los adictos de la droga. Con un tono moralizador, el “buen Lázaro” quiere que los lectores experimentemos la crisis social que trae el narcotráfico y la necesidad que regiones como las del Chapare boliviano encuentren otras vías fuera del narcotráfico para mejorar su nivel de vida. Una solución al problema de las drogas funciona en el texto con la recuperación de los consumidores de la droga.

En el capítulo final la mercancía de la droga se pierde por la crecida del río y Lázaro ve la importancia de volver a la naturaleza. La producción de drogas afecta la ecología del Chapare y desde los años 80 ha acelerado el ritmo de deforestación y contaminación de los recursos naturales. La modernidad traída por la industria de las drogas y simbolizada en sus mercancías de lujo y en el reclutamiento de trabajadores, incluye también una subordinación de lo ecológico por lo económico. Los efectos del tráfico de drogas rompen el equilibrio ecológico y generan un llamado a la incorporación de nuevas estrategias discursivas y políticas en la lucha contra las drogas.

La sociedad boliviana que vio surgir el movimiento cocalero está implementando nuevas prácticas alternativas a la búsqueda del crecimiento económico a cualquier costo. El fracaso de las metas del desarrollismo de los años 50 ha dejado un vacío económico que la demanda de drogas mundiales ha llenado desde los años 80 hasta hoy. Las consecuencias visibles del narcotráfico y el final de sus promesas sociales permiten el surgimiento de prácticas alternativas enfocadas en la relación entre las comunidades y los recursos naturales.

Como señala el texto de Gutiérrez, el discurso contra las drogas no es simplemente una ideología sin ningún efecto en el mundo real. Tampoco puede limitarse al cierre de una empresa criminal transnacional como señala Manuel Castells en *The Rise of Network Society* (2000). El discurso contra las drogas ha regulado prácticas culturales en diversos países de la región andina y la vida diaria de habitantes procedentes de los lugares de producción y trasiego de las drogas. Una nueva economía respetuosa de prácticas culturales ancestrales requiere cambios significativos a los modos capitalistas de producción, especialmente en relación con los problemas ambientales y agrícolas. *Mariposa blanca* vislumbra la necesidad imperativa de implementar cambios en una región que ha visto la devastación ecológica traída por el narcotráfico. Su narrador se centra en el dilema moral que surge a medida que se interna en el trabajo del narcotráfico y los efectos que causa en su núcleo familiar. Al final, reconoce la necesidad de una vuelta “biocéntrica” en la que la naturaleza y la comunidad estén por encima del capitalismo de las drogas.

Referencias bibliográficas

- BECKMAN, Ericka. (2013). *Capital Fictions. The Literature of Latin America's Export Age*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BOLAÑO, Roberto. (2004). 2666. Barcelona: Anagrama.
- BOLÍVAR MORENO, Gustavo. (2005). *Sin tetas no hay paraíso*. Bogotá: Quintero Editores.
- CASTELLS, Manuel. (2000). *The Rise of Network Society*. Oxford: Blackwell Publishers.
- CORNEJO, Gerardo. (1996). *Juan Justino Judicial*. México: Selector.
- FONSECA, Alberto. (2017). *Cuando llovió dinero en Macondo: literatura y narcotráfico en Colombia y México*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- FRANCO RAMOS, Jorge. (2000). *Rosario Tijeras*. Barcelona: Mondadori.
- FRANCO RAMOS, Jorge. (2018) *El cielo a tiros*. Bogotá: Penguin Random House.
- GALEANO, Eduardo. (1989 [1971]). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- GUTIÉRREZ, Tito. (1990). *Mariposa blanca*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- GUTIÉRREZ, Tito. (1999 [1998]). *El demonio y las flores*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- GUTIÉRREZ, Tito. (2001). *Magdalena en el paraíso*. La Paz: Alfaguara.
- HERLINGHAUS, Herman. (2013). *Narco-Epics: A Global Aesthetics of Sobriety*. Nueva York: Bloomsbury.
- HERRERA, Yuri. (2004). *Trabajos del reino*. México: Conaculta.

- HERRERO-OLAIZOLA, Alejandro. (2007). “Se vende Colombia, un país de delirio: el mercado literario global y la narrativa colombiana reciente”. *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures*, 61(1), 43-56. <https://doi.org/10.3200/SYMP.61.1.43-56>
- JARAMILLO AGUDELO, Darío. (1995). *Cartas cruzadas*. Bogotá: Alfaguara.
- MALDONADO, Tryno. (2012). *Teoría de las catástrofes*. México: Alfaguara.
- MENDOZA, Élmer. (1991). “La parte de Chuy Salcido”. En Elmer Mendoza y Ana Clavel (ed.), *Cada respiro que tomas*. México: Difocur. 12-45.
- MONGE, Emiliano. (2016). *Las tierras arrasadas*. Barcelona: Random House.
- MONTÉS, José Wolfango. (1995 [1987]). *Jonás y la ballena rosada*. Bolivia: P.A.T.
- ORTUÑO, Antonio. (2016). *La fila india*. México: Océano Expres.
- RIVERA, José Eustasio. (1957 [1924]). *La vorágine*. Buenos Aires: Losada.
- SALAZAR, Arturo. (2012). *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- SOLARES, Martín. (2013). *Minutos negros*. Barcelona: Random House Mondadori.
- VALLEJO, Fernando. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel. (2011). *El ruido de las cosas al caer*. Madrid: Alfaguara.
- VILLALOBOS, Juan Pablo. (2016). *Fiesta en la madriguera*. Barcelona: Anagrama.
- VILLORO, Juan. (2004). *El testigo*. Barcelona: Anagrama.